

# Yasunari Kawabata

## En el lago

Prólogo Martín Felipe Castagnet





Seix Barral

---

**Yasunari Kawabata**

**En el lago**

Traducción de Amalia Sato

---

Gimpei Momoi llegó a Karuizawa al final de la temporada de verano, cuando ya se iba sintiendo el otoño. Compró unos pantalones de franela y se quitó los viejos. Después, un suéter y una camisa, y, como la noche estaba fría y húmeda, también un piloto azul. Karuizawa era un buen lugar para ropa de confección. Adquirió también unos zapatos cómodos y dejó el par gastado en la tienda. Pero ¿qué hacer con las prendas viejas, que había envuelto en un atado? «Si las tiro en alguna casa desocupada, no las encontrarán hasta el siguiente verano», pensó. Dobló en un callejón y palpó la ventana de una casa abandonada, pero estaba tapiada con maderas y clavos. No quería arriesgarse a romperla. Lo consideró un acto propio de un criminal.

Se preguntó si lo sería realmente, aun cuando su crimen podría no haber sido denunciado por la víctima. Metió la ropa dentro de un recipiente para basura que había delante de la puerta de la cocina y se sintió aliviado. Tal vez por descuido de los turistas, o por pereza del encargado, no estaba vacío. Al presionar el atado, sintió ruido a papel húmedo. La tapa no cerraba bien. Pero esto no le preocupó.

---

Después de treinta pasos se volvió. Le pareció que un enjambre de mariposas nocturnas revoloteaba en medio de la niebla cerca del recipiente de basura. Al detenerse y a punto de volver sobre sus pasos, la plateada visión se disipó, dejando una luz tenue y azulada entre los pinos que se alzaban sobre su cabeza. Los árboles formaban una hilera en la avenida, al final de la cual había un arco con luces a modo de decoración. Era la entrada a un establecimiento de baños.

Al ingresar en el jardín, Gimpei se pasó la mano por la cabeza. Estaba prolijo. De hecho, la gente a menudo se sorprendía por la destreza con que él mismo se cortaba el cabello con una navaja.

Una empleada, a la que apodaban «la Miss del Baño Turco», lo condujo a la sala. Y tras cerrar la puerta, se quitó una chaqueta blanca. Solo una banda de tela le cubría los senos.

Cuando empezó a desabotonarle el piloto, Gimpei involuntariamente se echó hacia atrás, pero al final permitió que lo desvistiera. Arrodillada a sus pies, le quitó las medias de un tirón.

Gimpei se sumergió en el agua aromatizada. El color de los azulejos le daba al agua caliente un tono verdoso. El perfume no era demasiado agradable, pero después de sus furtivas mudanzas de un hotel barato a otro en Shinano, lo percibía como floral. Cuando salió del agua, la mujer le enjuagó todo el cuerpo. Acucillada, incluso le lavó entre los dedos de los pies con sus dedos juveniles.

Él le observaba la cabeza. El cabello se deslizaba un poco más abajo de la nuca, lacio y suelto, de la íntima manera en que después de lavárselo lo dejan caer las mujeres.

—¿Le lavo la cabeza?

---

—¿También eso está incluido?

—Si quiere, se la lavo.

Gimpei vaciló ante la repentina conciencia de que su cabello debía de oler mal. No se lo lavaba desde hacía mucho, y solo se lo había recortado con la navaja. Pero tan pronto como su cabello fue masajeadó dentro de la espuma de jabón, con la cabeza inclinada hacia delante y los codos descansando sobre las rodillas, sintió que su timidez desaparecía.

—Usted tiene una voz particularmente hermosa, ¿lo sabía?

—¿Mi voz?

—Sí. Perdura aun cuando haya dejado de hablar. Me gustaría que continuara para siempre. La siento como algo gentil y delicado que penetrara en mis oídos hasta el centro de mi cerebro. De verdad, emocionaría hasta al más malvado...

—¿Sí? ¿Como la voz de una niña consentida?

—No, es una voz increíblemente dulce. Acumula tristeza y ternura y, al mismo tiempo, es fresca y alegre. Es diferente de la voz de alguien que canta. ¿Está usted enamorada?

—No, me encantaría estarlo, pero...

—Espere... Cuando diga algo, no refriegue tan enérgicamente mi cabeza, pues no puedo oírla bien.

La muchacha dejó de mover los dedos, como perturbada.

—Me intimida y no sé qué decir.

—Así que existen personas con una voz digna de una ninfa celestial. Y aunque solo oyera dos o tres palabras dichas por usted por teléfono, esa reverberación persistiría.

---

La misteriosa belleza había llevado a Gimpei casi al borde las lágrimas. Gracias a esa voz, sentía una felicidad pura y un cálido consuelo. ¿Era la voz del eterno femenino o de la madre compasiva?

—¿De dónde es usted?

La jovencita no le respondió.

—¿Del paraíso?

—No. De Niigata.

—¿Niigata?... ¿De la ciudad?

—No, de un pueblito.

La voz de la muchacha se hizo más tenue y tembló ligeramente.

—Ah, del país de nieve... Por eso su cuerpo es tan bello.

—No. No lo es.

—Sí, su cuerpo es hermoso, pero nunca había oído una voz como la suya.

Al terminar el lavado, le echó algunos tazones de agua caliente, envolvió su cabeza en una toalla grande y se la frotó hasta secarla. Luego le pasó varias veces un peine.

Entonces, Gimpei se enrolló un toallón alrededor de la cadera y entró en el baño de vapor. La joven abrió el panel delantero de la cabina de madera y amablemente lo introdujo en él. Una tabla en la parte superior de la cabina tenía una hendidura para acomodar la cabeza, y una vez que la ubicó de modo confortable, ella bajó una tapa que cerró el espacio restante.

—Una guillotina —dijo él instintivamente, y sus ojos temerosos estudiaron el entorno. Atrapado en ese agujero, giró la cabeza a izquierda y derecha.

---

—Los clientes suelen decir eso —le respondió, pero sin percatarse de su miedo. Los ojos de Gimpei iban de la puerta a la ventana.

—¿Cierro la ventana? —La joven se dirigió hacia allí.

—No.

La ventana estaba abierta, tal vez a causa del vapor que llenaba el recinto. La luz del cuarto de baño daba sobre las hojas verdes del olmo que se veía afuera. El olmo era grande, y la luz no penetraba mucho en el denso follaje. A Gimpei le pareció que el sonido apagado de un piano se filtraba entre la oscuridad de la copa, pero no una melodía sino notas sueltas. Sin duda, una alucinación auditiva.

—¿La ventana da al jardín?

—Sí.

Semidesnuda contra la ventana, débilmente iluminada por una luz verdosa, la joven de bella piel parecía pertenecer a un luminoso mundo plateado. Estaba de pie, con sus pies descalzos sobre el rosa pálido del piso embaldosado. Las piernas eran por cierto juveniles, pero con marcas oscuras en la articulación trasera de las rodillas.

A Gimpei se le ocurrió que no habría soportado quedarse solo allí. Habría entrado en pánico, con temor de que se cerrara el borde de la abertura y lo estrangulara. Desde abajo del asiento sentía cómo aumentaba la temperatura. Su espalda estaba apoyada contra lo que parecía una tabla caliente. De hecho, tres lados de la caja estaban calientes con el vapor.

—¿Cuánto tiempo deberé quedarme aquí?

—Eso lo decide usted, pero creo que unos diez minutos. Los clientes habituales se quedan unos quince.

---

Según el reloj que estaba sobre un armario cerca de la puerta, apenas habían pasado cuatro o cinco minutos. La muchacha volvió para colocarle otra toalla fría y húmeda sobre la frente.

—Ya veo. Esto hace que la sangre suba a la cabeza.

Al relajarse, pudo imaginar lo ridículo que parecería con su solemne cara emergiendo de la cabina de madera. Intentó frotarse el pecho y el vientre calientes. Su cuerpo estaba pegajoso, pero no sabía si la humedad era transpiración o vapor. Cerró los ojos.

Hubo ruido de salpicaduras de agua cuando la joven, que aparentemente necesitaba ocuparse de algo mientras el cliente tomaba el baño de vapor, recogió agua caliente aromatizada de la bañera y lavó el piso. Como olas contra las rocas. Y sobre las rocas, dos gaviotas con sus alas desplegadas que se picoteaban una a otra. El mar de su lugar natal apareció ante sus ojos.

—¿Cuántos minutos pasaron?

—Unos siete.

La muchacha volvió a cambiar la toalla húmeda y se la colocó sobre la frente. Con la repentina sensación de frío, Gimpei echó la cabeza hacia delante.

—¡Oh!

—¿Qué pasó, señor?

Tal vez suponiendo que Gimpei estaba mareado con el calor del vapor, la joven recogió la toalla que él había dejado caer y la volvió a colocar sobre su frente, sosteniéndola con una mano.

—¿Desea salir ahora?

—No. Está todo bien.

De pronto, Gimpei se vio atrapado en una alucina-

---

ción en la que perseguía a esta joven de voz hermosa. Por una calle donde pasaban tranvías, en algún lugar de Tokio. Por un momento, solo vio ginkgos alineados en la acera. Estaba empapado en sudor. Al darse cuenta de que no podía girar la cabeza, que estaba apoyada en la cabina de madera, hizo una mueca de desagrado.

La joven se apartó de su lado. Parecía inquieta ante los movimientos de Gimpei.

—¿Qué edad aparento, así, solo visible desde el cuello? —la sondeó. Ella respondió vacilante:

—No sé adivinar la edad de los hombres.

La muchacha no se molestó en observarlo de más cerca. Él no tuvo ganas de decirle que tenía treinta y cuatro. Le pareció que ella tendría menos de veinte. Al ver sus hombros, su vientre y sus piernas, no cabía duda. Sus mejillas eran de un color fresco como las rosas, sin rastro de maquillaje.

—Me gustaría salir ahora.

La voz de Gimpei tenía un tono pesaroso. La joven abrió la tabla delante de su garganta. Tomando las dos puntas de la toalla que colgaban alrededor de su cuello, gentilmente lo ayudó a retirarla como si se tratara de algún objeto precioso. Luego le enjugó el sudor que cubría su cuerpo. Gimpei llevaba un toallón arrollado alrededor de su vientre. La joven extendió una sábana blanca sobre un catre que estaba al lado de la pared y lo hizo acostarse boca abajo. Empezó a masajearlo, desde los hombros.

El masaje no consistía solo en golpes y fricciones, sino también en palmaditas y toques con las manos bien abiertas, algo que nunca había experimentado hasta entonces. Las palmadas eran las de una muchacha, pero los golpes

---

en la espalda, continuos y sorprendentemente fuertes, lo hacían jadear. Se acordó de su hijo golpeándolo en la frente con toda la fuerza de sus palmas, y de cómo él se defendía bajando la cabeza. ¿Cuándo había sido eso? Y ahora las manos del pequeño estaban golpeando locamente, desde el fondo de una tumba, la pared de tierra que pesaba sobre él. Las cuatro paredes oscuras de una prisión se cerraban sobre Gimpei. Lo cubrió un sudor frío.

—¿Está echando talco? —le preguntó.

—Sí. ¿Le molesta?

—Oh, no —respondió Gimpei con brusquedad—. Ya estoy transpirando de nuevo. Para cualquier persona que escuche su voz, de golpe todo lo demás queda anulado. Y si bien esto es un riesgo, es imposible escapar del hechizo de su voz. Es como si el alma fluyera durante ese intervalo. Sin duda. Y uno no sabe cuándo va a emitir usted esa buena voz. Pero si se queda callada como en este momento, nadie podría obligarla a hablar contra su voluntad. Podría repentinamente dejar escapar una exclamación de sorpresa o angustia o pena, pero hablar o no con su voz natural es algo que usted decide.

La joven, que había decidido permanecer callada, seguía masajeando las caderas de Gimpei y la parte posterior de sus muslos. Dobló el arco de su pie llevando los dedos hacia abajo.

—¿Podría ponerse boca arriba? —La muchacha le hablaba con una voz tan suave que era apenas audible.

—¿Perdón?

—Ahora, boca arriba, por favor.

—¿Boca arriba? Quieres que me acueste sobre mi espalda, ¿no? —Y Gimpei se volvió, sosteniendo la toalla

---

arrollada alrededor de su vientre. Como el aroma de una flor, el susurro de la muchacha le llegaba con la tenue sugestión de un escalofrío, llenaba sus oídos y lo seguía cuando movía su cuerpo. Nunca antes sus oídos se habían extasiado tan dulcemente.

De pie, con su cuerpo apretado contra el angosto catre, la muchacha friccionaba los brazos de Gimpei. Y sus pechos casi le rozaban la cara. Aunque la banda que los sostenía no parecía demasiado ajustada, la carne quedaba delicadamente contenida dentro de los límites de la tela blanca. El modo en que sus senos se destacaban, sin embargo, revelaba que no estaban desarrollados en plenitud. Tenía un rostro clásico, ovalado. Tal vez porque llevaba el cabello tirante hacia atrás y no levantado, la frente, que no era amplia, se veía así y sus ojos parecían más brillantes. La carne entre el cuello y los hombros no era abundante, y la parte superior del brazo era juvenil y torneada. El resplandor de su piel estaba tan próximo que Gimpei tuvo que cerrar los ojos. Tras sus párpados vio una caja, como la de un carpintero, llena de clavos pequeños que brillaban a la luz. Gimpei abrió los ojos y miró el cielo raso. Era blanco.

—¿No le parece que mi cuerpo parece viejo para mi edad? Es porque llevo una vida dura —murmuró Gimpei. Todavía no le había dicho su edad—. Tengo treinta y cuatro años.

—¿De veras? Parece más joven —dijo la muchacha, sin poner ningún énfasis en su voz. Había dado la vuelta para quedar de pie cerca de la cabeza de Gimpei y friccionaba el brazo que estaba del lado de la pared.

—Los dedos de mis pies son largos, ¿no? Como los de un mono. Están arrugados, a pesar de que camino mu-

---

cho... Siento horror cada vez que miro mis pies. Y usted los tocó con sus bellas manos. ¿No se impresionó cuando me sacó las medias?

La joven no le contestó.

—Yo también soy de la costa del mar de Japón. Es escabrosa, con rocas negras. Solía caminar descalzo, aferrándome a las rocas con mis largos dedos —mintió Gimpei. ¿Cuántas veces en su juventud había dicho diferentes mentiras a causa de sus feos pies? Pero no cabía duda de que hasta la piel del empeine era oscura y áspera, y sus arcos arrugados, y de que los largos, torcidos dedos podían doblarse de cualquier forma.

Acostado durante el masaje, no podía ver sus pies, así que levantó sus manos sobre la cara para examinarlas. La muchacha estaba masajeándole los músculos desde el pecho hasta el brazo, en algún lugar del tórax. Las manos de Gimpei no parecían tan horribles como sus pies.

—¿De qué parte de la costa del mar de Japón? —preguntó ella con un tono natural.

—De... —musitó Gimpei—. No me gusta hablar sobre el lugar donde nací. No soy como usted, ya no tengo hogar...

La muchacha no parecía particularmente interesada en la aldea de Gimpei ni prestaba atención. El baño estaba iluminado de tal manera que no había sombras sobre el cuerpo de la joven. Cuando le masajeaba el pecho, adelantó sus senos. El cerró los ojos, sin saber dónde poner las manos. Si pegaba los brazos al cuerpo, corría el riesgo de tocarla. Pensó que lo abofetearía si el roce de un dedo la alcanzaba. Y hasta sentía el impacto de esa bofetada. Invasado por un súbito terror, intentó abrir los ojos, pero sus

---

párpados se resistían. Algo los había golpeado con fuerza. Creyó que iba a llorar, pero no acudieron las lágrimas, y sus ojos le dolían como si los hubieran pinchado con una aguja caliente.

No habían sido las palmas de la muchacha sino una cartera de cuero azul lo que le había pegado en la cara. En el momento no entendió qué era, pero después de sentir el golpe, la encontró caída a sus pies. No podía asegurar si la habían usado para asestarle un golpe o si se la habían lanzado. Lo cierto era que lo había golpeado, y que en ese momento se recuperaba.

Gimpei gritó y empezó a llamar a la mujer para que se detuviera. Su reacción inmediata fue avisarle que se le había caído la cartera. Pero ella desapareció apenas dobló en la esquina donde había una farmacia. Solo la cartera azul había quedado en medio de la calle. Como evidencia y prueba del crimen de Gimpei, un manajo de billetes de mil yenes sobresalía del cierre. Pero era la cartera, que se había convertido en evidencia de su culpa, lo que primero atrajo su atención, y no el manajo de dinero. Al correr y dejarla abandonada, la mujer había convertido en criminal la conducta de Gimpei. Asustado, automáticamente la recogió. Solo después de levantarla, vio, para su sorpresa, el manajo de billetes de mil yenes.

Más tarde se preguntó si la farmacia no habría sido una alucinación. Era raro encontrar una pequeña y vieja farmacia en el área residencial donde se suponía que no había comercios. Al costado de las puertas de vidrio, sin embargo, había visto un cartel que anunciaba un remedio para las lombrices intestinales. Y, para colmo, había dos fruterías casi idénticas enfrentadas en las esquinas, a

---

uno y otro lado de las vías del tranvía, donde empezaba el área residencial. En las dos había en exhibición pequeñas cajas de madera para cerezas o frutillas. Mientras seguía a la mujer, Gimpei solo la veía a ella. Entonces, ¿por qué de pronto las dos fruterías habían captado su atención? ¿Había querido recordar las esquinas pues señalaban el camino a la casa de la mujer? Las fruterías debían de haber estado realmente allí, pues, incluso ahora, el aspecto de las frutillas, prolijamente colocadas en sus cajas, persistía ante sus ojos. Pero debía de ser solo una la tienda en la esquina de la calle donde pasaban los tranvías y, en la confusión del momento, se habría persuadido de que había fruterías en ambos lados. Más tarde tuvo que luchar contra la tentación de regresar para comprobar si las fruterías y la farmacia realmente habían existido. Pero, de hecho, hasta la calle misma era difícil de evocar, y solo podía hacerse una vaga idea de ella si trazaba un mapa de Tokio en su cabeza. Pues en aquel momento, la dirección que había tomado la mujer era el único camino que le importaba.

—Bien. Tal vez no fue su intención lanzarme la cartera —murmuró Gimpei sin querer, mientras su estómago era masajeado por la muchacha. Sorprendido, abrió los ojos, pero los cerró de nuevo, temeroso de llamar la atención. Si ella comprendía lo que sus ojos expresaban, podía hacerse patente lo que se dice de algún fantasmal pájaro del infierno. Había musitado algo sobre una mujer y su cartera, pero por suerte sin revelar nada sobre el objeto lanzado o la persona que lo había arrojado. Sintió que repentinamente su abdomen se contraía y expandía.

---

—Tengo un hormigueo —dijo como pretexto, y la joven trabajó con mayor lentitud. Ahora realmente sentía cosquillas. Y soltó una carcajada genuina.

Hasta ese instante, la interpretación de Gimpei era que, ya hubiera ella lanzado la cartera contra él o la hubiera arrojado, la mujer había pensado que la seguía por el dinero que llevaba; un temor que, al estallar, hizo que abandonara la cartera y saliera corriendo, aunque su intención no hubiera sido dejarla allí tirada. O tal vez había querido golpearlo con lo que ella cargaba, pero la violencia de la acción hizo que volara de sus manos. Fuera lo que fuere lo sucedido, Gimpei y la mujer debían de haber estado muy cerca uno del otro, pues la cartera lo había golpeado en la cara en el momento en que ella la revoleó. Al entrar en el solitario distrito residencial, era posible que, sin percatarse, él hubiera acortado la distancia que los separaba. ¿Se había percatado la mujer de que se le aproximaba y entonces escapó, lanzándole la cartera?

El dinero no había sido el motivo. Ni remotamente había sospechado, ni se había molestado en considerar que la cartera contuviera esa gran suma de dinero. Al levantarla, intentando deshacerse de una evidencia que tan claramente lo incriminaba, se había encontrado con los doscientos mil yenes. Puesto que había dos fajos de billetes nuevos, cada uno de cien mil yenes, y también una libreta de ahorros, era muy probable que la mujer hubiera salido del banco y sospechado que la venían siguiendo desde allí. Además de los dos fajos de billetes, había mil seiscientos yenes en efectivo. Al revisar la libreta, vio que restaban aproximadamente veintisiete mil tras el retiro de los doscientos mil. Había sacado la mayoría de sus ahorros.